

VI
F
14
A

MIGUEL A. ROJAS-MIX /
=

LA PLAZA MAYOR //

El urbanismo,
instrumento
de dominio colonial

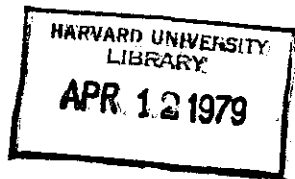
Muchnik Editores

DI
F
14
14
WID-LC

F

1412

.R69



© 1978 Muchnik Editores de Idiomas Vivientes, S. A., Barcelona

Cubierta: CARLO WIELAND

Depósito Legal: B. 7.216 - 1978

ISBN: 84-7264-006-X

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime M. Pareja - Montaña, 16 - Barcelona

1379
38

Peabody

A Mónica
(veinte años
después)

CUY L.A.

LIBRARY

1 Por tercera vez volví a pasar frente al hombre de frac y monóculo. Con el rabillo del ojo —iba a casi 60 kilómetros por hora— capté, una vez más, las nalgas «atornillantes» del cartel que anunciaba el filme pornográfico en el cine vecino al local en que continuaba, hierático, mi hombre en tenida de gala. La sensación de angustia se volvía a cada instante más desagradable. Hacía una hora que trataba de salir de ese itinerario: conducía y conducía (ya con verdadera desesperación) y no lograba perder de vista el inmenso anuncio de esa especie de gentleman-cíclope de colero que indicaba la mejor sastrería para caballeros de la ciudad de Colonia. Sólo después de haberlo vuelto a encontrar por tercera vez caí en la cuenta de que giraba, de que conducía por una arteria circular, en un anillo. Lo que los alemanes llaman Ring. Estaba completamente perdido.

Si llegar a lo dramático, una sensación de ansiedad, hasta de miedo, me iba invadiendo. Yo, que siempre había encontrado mi camino. Es cierto, nunca supe muy bien el nombre de las calles; mas mi sentido de la orientación era perfecto: una verdadera paloma mensajera. Pero Colonia, en la República Federal Alemana, no era la ciudad de América latina a la que estaba habituado. Su topografía nada tenía que ver con «mi-topografía-mental», que en general yo atribuía a todo trazado urbano. Depositado en una de «mis» ciudades, en cualquier calle que me encontrara, sabía que a derecha e izquierda tenía otras paralelas, que al frente y a mi espalda eran todas perpendiculares y que

al centro se encontraba la «plaza de armas» con la Catedral. ¡Pero la ciudad de Colonia ni siquiera tenía la Catedral en el centro! (o, en todo caso, su noción de «centro» resultaba para mí incomprendible). Mi condición de americano se manifestaba con una connotación urbanística. Me bloqueaba para concebir otras calles que no fuesen las rectas u otro tablero urbano que no fuese el diseñado en damero. Descubrí entonces que aquella orientación que siempre me había parecido tan natural, que esa especie de instinto para encontrar el camino no era producto de un sexto sentido sino la resultante de una serie de coordenadas lógicas (ideo-lógicas) que me había suministrado mi entorno. He descubierto luego —pues aquél día, perdido en el laberinto de la racionalidad ajena, no continué la reflexión— que esa imagen urbana que llevaba conmigo y que me impedía comprender la organización de la ciudad europea, era el resultado de circunstancias sociales e históricas que yo había mitificado y transformado en naturaleza (la había transformado en la ciudad-en-sí). La imposibilidad de orientarme era consecuencia de algo muy simple: la representación que tenía del mundo físico exterior no calzaba con el mundo al cual acababa de trasladarme.

La última reflexión que cruzó por mi mente —una vez que pude salir de la obsesionante cinta sin fin del Ring— fue preguntarme por qué había realizado la absurda e «irracional» operación de querer traducir ese nuevo entorno en que me hallaba al modelo americano. Por eso —me respondí algo aliviado, aunque la remembranza de mi estupidez comenzaba a irritarme—, porque era el único modelo por mí conocido. Y me di cuenta en aquel momento de la importancia práctica y emotiva que tenía para mí la imagen de la ciudad americana. Era inmensa. Allí se escribió la primera página de este libro.

2 Eran los años sesenta y tantos. Tomaba por primera vez (inconscientemente) conciencia de mi «americanidad»... ¿Mi americanidad? ¿Qué es? Il y a «toujours» des imbéciles heureux qui sont nés quelque-part, dice en una canción Brassens. Cierto. Sólo que no se trata únicamente de una pertenencia territorial. El sufijo -dad en español viene del indoeuropeo -ta

y servía para sacar del «adjetivo» un sustantivo abstracto. La americanidad * resulta así un metalenguaje que expresa todos los significados de connotación que se unen a la connotación urbanística que acabamos de describir. La americanidad, pues, no es América; es la esencia condensada de todo lo que puede ser americano. Referida a mí, es mi condición histórica, mi experiencia de las cosas. Una especie de magma ideológico en el que estoy a medias sumergido, que me hace escribir este libro, hablar español, tener fantasmas religiosos... y una praxis que me obliga a vivir en el exilio.

Atención, eso sí, a la forma en que usamos el nombre América. Al hablar de América, salvo que la calificamos expresamente de América anglosajona, nos referimos a América latina. Mi americanidad, así como la americanidad de los que viven al sur del Río Grande, no excluye otra americanidad al norte de ese mismo río. Si preferimos este término al de latinoamericanidad (verdadero trabalenguas), no es únicamente por motivos eufónicos, sino porque si el concepto «América latina» expresa hoy día, por oposición a la «América-Estados Unidos», la otra mitad del continente, ésta es una denominación-cepo, que enmascara una serie de peligros ideológicos. En primer lugar, carga una connotación colonizadora y de subordinación, cual es la de aceptar la identificación de la parte con el todo: Estados Unidos igual América, obligando a la otra parte a subdeterminarse: América latina. Otro peligro es que este concepto a menudo se usa más allá de sus límites históricos. Es un concepto del siglo xx. A lo más, nace a fines del siglo xix. Utilizado de manera anacrónica —para referirse a la Colonia, por ejemplo— confunde imágenes del presente con imágenes del pasado, pudiendo dar globalidad a fenómenos de carácter restringido (como cuando se habla de instituciones coloniales latinoamericanas, englobando sin querer al Brasil, cuyo perfil institucional era muy diferente

* ¡Sí! Es verdad... ya me lo advirtió mi amigo Saúl Yurkievich, en realidad el sustantivo correcto sería americanidad, pero si prefiero americanidad es porque este vocablo me da la impresión de traducir no sólo la calidad de americano, sino el compromiso histórico que esa condición implica.

al de las colonias españolas). Hablar hoy de América latina implica el reconocimiento de una cierta unidad (fundada sobre parentescos económicos, políticos, sociales, lingüísticos, etc.), unidad que sólo se produce —como reconocimiento— en el presente siglo. Durante la Colonia —y cuando usamos el término América o americano para ese período así lo entendemos— se habla del «español de América» o del «criollo», aludiendo al blanco que habita las colonias. Los territorios se denominan genéricamente en España «las Indias» (lo de «Occidentales» se daba por sobreentendido). Después de la «Independencia» política los criollos prefieren darse el nombre de hispanoamericanos y llamar al subcontinente (connotado histórica y lingüísticamente) Hispanoamérica; lo que implicaba por cierto la exclusión del Brasil. Únicamente a fines del siglo XIX parece haber surgido el término América latina (incluyendo al Brasil) que sustituye a todos los otros (también el de Iberoamérica intenta fortuna; pero queda relegado a usos más bien académicos).* La denominación en la época de expansión de las grandes compañías de navegación, aéreas y marítimas, y de los grandes «tours», adquirirá un significado turístico-comercial que por lo demás no ha perdido: «Visite América latina...» (cocoteros, mucho sol, mucha playa, mujeres en bikinis bronceadas al aceite, un vaso transpirando hielo con una pajita y una rodaja de limón cabalgando en el borde. Para los más pintoresquistas un papagayo, para los más intelectuales una pirámide...). A partir de los años cincuenta el término comienza a difundirse entre los propios «latinoamericanos» y adquiere un significado político. A su popularidad contribuye, por una parte, el vuelco del Brasil hacia el resto de América (Brasil, por su pasado portugués, se sentía más cerca de África —en gran parte portuguesa, como él— que de sus vecinos continentales) y, por otra parte, la

* «El hispanoamericanismo» se va a asociar en el siglo XX al hispanismo y a las ideas de Ramiro de Maeztu y se convierte en la forma que expresan su «americanidad» los sectores ultraconservadores. También surge el indoamericanismo como denominación que hace fortuna al representar sectores «marginados» de la sociedad occidental, pero sólo en los países de densa población indígena tiene un sentido real.

consigna de la revolución continental, que es retomada (retomada, pues el «americanismo revolucionario» se encuentra ya en pensadores del siglo XIX; Martí que habla de «Nuestra América», entre otros) por Fidel Castro, el Che Guevara, Camilo Torres, Salvador Allende y en general por la llamada izquierda revolucionaria. Allende declara en Colombia ser «un combatiente de América latina» y en su último discurso deja como legado a esta misma América el escribir la última página de su historia. El concepto de América latina adquiere con ellos una connotación de izquierda: la unión revolucionaria desde México a Tierra del Fuego en la lucha por el socialismo. Sin embargo, la palabra es esquiva. Su utilización no implica que se la identifique exclusivamente con la izquierda ni que sea un término militante (como lucha de clases, por ejemplo). También Pinochet habla de América latina, en el sentido de una Latinamerica (en yanqui, pronunciada en lo posible con el acento de Kissinger) que unifique las dictaduras y le permita consolidar su situación en Chile (país ocupado).

Volvamos un poco atrás... Una última palabra sobre «mi americanidad». A partir de aquél día en Colonia, la preocupación por América no me abandonaría, y justamente el problema de la americanidad, haciéndose cada día más consciente, se convertiría en el centro de mis preocupaciones, en mi problemática. Así, al tratar de rastrear, años más tarde, cuáles eran los elementos que habían configurado esta americanidad y su correlato de colonialidad, volví a encontrarme con la ciudad, y el recuerdo de la experiencia de Colonia me puso sobre la pista.

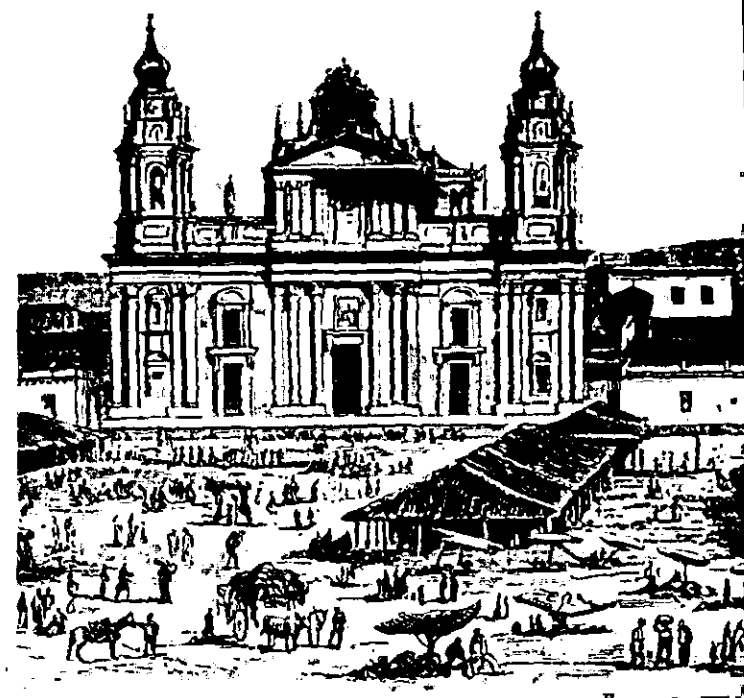
NI

F

14

4

UN DÍA
EN LA CIUDAD COLONIAL



El grito del pregón incorporábase al concierto con que las diucas se adelantaban a despertar a los vecinos.* El aguatero, a lomo de burro y mula, o cargando grandes ollas de greda sobre sus espaldas, era el primero en pasar. Tras él, el panadero y una larga fila de vendedores ambulantes llevando a la plaza los productos de los campos vecinos. «Carretones gigantescos cargados de melones y sandías, mulas cargadas con trigo y con frutos diferentes llegaban continuamente del campo».¹ Sobre las costillas de los jameigos, delante de un hombre o un muchacho, que envuelto en su poncho montaba junto a la cola del rocín, venían los cuartos de vaca y las mitades de cordero.

* * *

P. 15: Castro y Rodríguez, «Colegio de Minería» (México), lito/color. Castro, C., *México y sus alrededores...* 1855-1856, p. 19.

* *Diuca*, pájaro americano de cantar característico. Blest Gana, T. 2, 1909, p. 77.



1. Blanchard, «Un porteur d'eau — Quito», s.XIX, Bib. Nac. París. *Texto*: Plath, O., *Baraja de Chile*, Santiago, 1946, p. 76.
2. Linati, «Carnicero ambulante en México», lito/color, 1828. *Texto*: Riquelme, *Mi calle*, Roco del Campo, 1941, p. 186.
3. Gay, «Panadero» (Chile), lito., *Atlas*, 1954, lám. 41 (detalle). *Texto*: Zañartu, S., *Chilecito*, Santiago, 1938, p. 59.



1. Bacle, C. H., «El vendedor de pescado» (Argentina), lito., 1842.
2. Linati, C., «Vendedor de aves, vendedor de grasas, vendedora de bombones» (México), lito/color, 1828. Linati, 1828, lám. 30.
3. Debret, J. B., «Vendedores de aves» (Brasil), lito/color, 1839, en *Voyage pittoresque et historique au Brésil* (3 tomos), Paris, 1839.

Las aves llegaban hacinadas en grandes arcas de cuero, con rejilla, que los indios transportaban en México sobre la espalda y los regateros negros en Brasil distribuían colgándolas de los hombros, amarradas de patas, o equilibraban en grandes cestas sobre la cabeza. En Chile, en cambio, huevos, mantequilla, leche, queso, verduras, legumbres, todo era conducido por bestias de carga, porque ningún chileno se allanaba a emprender a pie una larga caminata, ni mucho menos con una carga sobre los hombros, salvo que una imperiosa necesidad se lo exigiese.²

Poco después se abrían los portones de las viejas casas coloniales y las cocineras, todavía desgreñadas, llevando sus canastos de la recova, «el pañuelo de algodón a la cabeza; un zapato y medio, y a veces dos medios zapatos en los pies, y envueltas en el clásico rebozo de lana», cruzaban las primeras los zaguanes, sobre cuyos mojinetes quedaban aún restos de los viejos escudos de nobleza destruidos por la Revolución. A menudo las acompañaba el dueño o la dueña de casa, el «patrón» o la «patroncita», que querían elegir por sí mismos «la mejor carne para el *pu-chero*, la más gorda gallina para la *cazuela*, y el charqui más bien preparado para el *charquicán* o el *valdiviano*».³

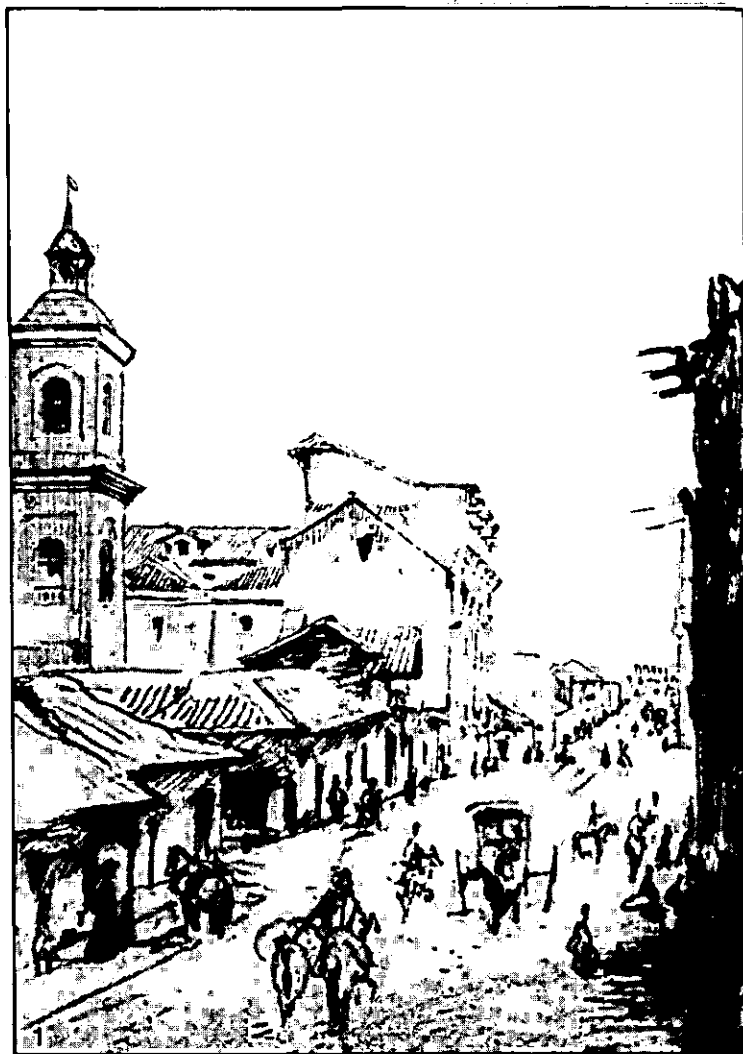
* * *

Y mientras desfilaban las acémilas, se cruzaban y confundían con ellas las mujeres de mantilla y vestidas de negro, con alfombra y devocionario (las «señoras» pertenecientes a las familias más acomodadas se hacían acompañar por un *negrito* o *serviente de alfombra*) que apretaban el paso para alcanzar la misa en la Catedral.

La plaza entonces tomaba su aspecto característico. Se agitaba y se llenaba de vida y color con la presencia de sus personajes cotidianos.



1. Bacle, C. H., «Traje de iglesia» (Buenos Aires — Argentina), 1836, Col. Cab. de Estampas, Bib. Nac. París.
2. «Casa antigua de construcción española» (Santiago de Chile), xii., Tornero, R. S., 1872, p. 8.
3. Anónimo, «Episodio de mercado» (Bogotá — Colombia), lito., 1879, Col. Cab. de Estampas, Bib. Nac. París.



1. Rugendas, J. M., «Calle de Santiago» (Chile), 1838, en Richter, G., *Johan Moritz Rugendas. Ein deutscher Maler des XIX Jahrhunderts*, Berlin, 1959, p. 111.



1. Miers, M. y Gay, C., «Mujer a misa con sirviente de alfombra, heladero y dos hombres del pueblo caminando (rotos)» (Chile), litó., 1854. Reproducido en Gay, *Atlas*, 1854, lám. 11 (detalle).
 2. Miers, M. y Gay, C., «Calesa» (Chile), litó., 1854. Reproducido en Gay, *Atlas*, 1954, lám. 11 (detalle).

Las arterias por las que circulaba este cortejo conservaban, todavía a principios del siglo XIX, un aspecto tan primitivo, que hacía que los viajeros, educados en el Viejo Mundo, las considerasen ruines y sucias.⁴ A mantener este aspecto, que resiste, años más años menos, hasta mediados del siglo pasado en las diferentes ciudades de Hispanoamérica,⁵ ayudaba la apariencia de las casas y los malos sistemas de acequias y desagües que contribuían no sólo al color, sino también al olor local.

Es probable que los que más sufriesen con el estado de las vías fuesen los señorones que se desplazaban en calesa. Estos carruajes, con sistemas de amortiguación muy primitivos, atravesaban dando saltos las calles, que en vez de ser cóncavas eran convexas y en medio de las cuales corría un reguero. De seguro que los numerosos baches del camino, que el vehículo no lograba disimular, repercutían más en los riñones del oligarca que se sentaba en la cabina, que en los del zambo auriga que montaba la mula de tiro.⁶

* * *

A menudo, al desorden natural y a las actividades de la vida diaria, en que dominaba el grito y la batahola de un gentío vociferante y alborotado que aturdiría al provinciano recién llegado a la capital,⁷ se agregaba el que provocaba alguna vaca que huía del matadero o el de un toro que escapaba de una corrida e irrumpía en las calzadas seguido por campesinos y perros, llevándose por delante cuanto encontraba.⁸ Más espectaculares aún eran las numerosas riñas que estallaban entre los placeros. De las cuales las «agarradas» entre mujeres (tal vez por «quítame allá este hombre») resultaban las más pintorescas.

Casi todos los viajeros que llegan entonces a algún país de Hispanoamérica critican la suciedad y el abandono en que se mantenían las calles. Las pocas reparaciones que se efectuaban eran ejecutadas por los presos; pero vigilados por tal número de guardias que ellos solos habrían bastado para hacer el trabajo en mucho menos tiempo.⁹



1. Anónimo, «La montada en corrida de toros» (Bogotá — Colombia), lito., 1879, Col. Cab. de Estampas, Bib. Nac. París.
2. Anónimo, «Reyerta popular» (Colombia), lito., 1879, Col. Cab. de Estampas, Bib. Nac. París.

«A pesar de la existencia de carros basureros que pasan diariamente de casa en casa, las disposiciones policiales que prohíben arrojar materias extrañas en los desagües son totalmente ignoradas. Como lógica consecuencia los mismos habitantes de las casas deben limpiar los canales de tiempo en tiempo. Se produce entonces el desagradable espectáculo de ver frente a las casas durante varios días, montones de desechos que distan de ser gratos al olfato. Así, lo que en principio se pensó sería beneficioso para el aseo de la ciudad ha resultado una molestia.»¹⁰

* * *

Con todo, reflexionaba una viajera hacia 1820: «Santiago no es muy sucio, y cuando recuerdo a Río de Janeiro y Bahía me inclino a declararlo sumamente aseado».¹¹

* * *

Algunas avenidas, aparte de sucias, resultaban francamente peligrosas para el peatón. Estas eran las calles «bravas». En Santiago de Chile la más famosa era la de San Pablo. «Esa calle célebre en la historia de nuestras revueltas políticas, campo de batallas allá en lo antiguo, de las interesantes escenas de poncho y cuchillo, que es como si dijéramos de *capa y espada*; lugar de reunión de la gente de *cáscara amarga*; que es esa que mira a todo el mundo como suyo, precisamente porque no tiene nada; calle, repetimos, donde se andaba con garbo, se hablaba recio, se miraba de soslayo y se *escupía por el colmillo*; donde se entremezclaban los gritos de los muchachos con el cantar de la chingana y con el vocear de los amigos del alegre dios de los pámpanos y de las vendimias; y donde, en fin, sus habitantes parecían haber resuelto el problema social de la propiedad, según era la confianza con que cada cual tomaba lo que pertenecía a otro».¹²

* * *



1. Gay, C., «Presos custodiados por soldados que marchan a hacer el aseo de las calles» (Santiago de Chile), lito., 1854, en *Atlas*, 1854, lám. 25 (detalle).
2. Miers y Gay, «Jinete con quitasol de plumas y grupo de 'elegantes' conversando» (Chile), lito., *Atlas*, 1854, lám. 11 (detalle).
Texto: Vargas, M., 1954, pp. 107 y ss.; Blest Gana, 1949, p. 29.

A esa primera hora de la mañana se cruzaban todos en la plaza. El empleado que iba con la puntualidad del buey a su bebedero; y que controlaba su tiempo en el reloj —cuando lo había— de la Torre del Palacio de Gobierno. El comerciante que se dirigía a su tienda o almacén. El médico, a caballo, llevando la sombra consigo bajo un curioso quitasol de plumas, a sus visitas. Y los que tenían la dicha de ser ricos salían a «aplanar» las calles hasta la hora de comer y a divertir el ojo, como suele decirse, cuando se trata de mirar las buenas mozas. «De estos últimos era el reino de ese mundo».¹³

La plaza, como en toda ciudad española, era un centro de animación. Allí había que dirigirse todos los días para estar bien informado de lo que ocurría en la ciudad. Vendedores ambulantes de los más variados productos circulaban voceando su mercadería, en torno a la fuente central; rodeada, permanentemente, de los «aguateros» que concurrían a ella para rellenar sus barricas. Uno tras del otro daban «la vuelta». El heladero, equilibrando el bote sobre la cabeza. El bizcochero. El vendedor de ollas, sumergido bajo sus esferas de greda. El lechero o la florista. Los arrieros llegaban anunciados por sus mulas. Nunca faltaban los curas, paseándose con aire mundano y seguros de su poder sobre la sociedad. Ellos conocían todos los secretos de la ciudad. En los baratillos se vendía de todo. En las «plazas tropicales» no faltaban los puestos en que se ofrecían culebras y otros manjares de la selva. A lo largo y a lo ancho de la plaza se alineaban los canastos y los toldos de los feriantes y baratilleros con sus variadas mercancías.

* * *



1. Nebel, C., «Elegantes» (México), lito/color, en *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique*, Paris, 1836.
2. Miers, M. y Gay, C., «Aguateros, comerciantes y paseantes frente a la fuente» (Santiago de Chile), lito., 1854. Reproducido en Gay, *Atlas*, 1954, lám. 11 (detalle).



1. Gay, C., «Velero (vendedor de velas) y dulcero» (Chile), lito., *Atlas*, 1854, lám. 40 (detalle).
Texto: Lafond de Lurcy, *Viaje a Chile*, Santiago, 1970, p. 27.
2. Nebel, C., «Arriero» (México), lito/color, en *Voyage pittoresque et archéologique...*, Paris, 1836.
Texto: Barros Grez, *El huérfano*, Santiago, 1881, T. I, p. 16.



1. Anónimo, «Óllero de Jocancipá-Sabana de Bogotá», (Colombia), lito., 1879, Col. Cab. de Estampas, Bib. Nac. París.
2. Anónimo, «La limosna» (Colombia), lito., med. s.xix, ídem.
3. Anónimo, «La limosna para la virgen del campo» (Colombia), lito., 1879, ídem.
4. Fournier, «Vendedor del mercado» (Colombia), s.xix, ídem.



1. Lessmann, «Plaza mayor de Caracas» (Venezuela), mediados siglo XIX, dibujo a lápiz.
2. Rugendas, J. M., «Falte» (Chile), lito., 1838, *Album de trages chilenos*, 1838, portada.

—¡Algo de tiéééndd!!!
gritaba un falte.*

Al caminante que llegaba a la plaza, poco alerta, absorto en sus pensamientos o aletargado por la modorra, solían despertarle los descomunales gritos que los vendedores daban al acercarse a él.

«Volvióse repentinamente; i como el tendero ambulante creyese que aquel mozo necesitaba alguna de sus mercancías, se apresuró a manifestárselas, sin entender a que éste le decía, que nada había menester. Al ver aquéllos (los otros vendedores) que Perico parecía tratar con el falte corrieron todos a presentarle sus portátiles mercaderías, i en un momento se vio el joven rodeado de una multitud de vendedores de *obra menuda*, cada uno de los cuales alababa su jénero de una manera especial.

—Lindos botones, a real la sarta, decía uno, i si me compra por mayor, *tendrá una buena baja*.

—¡Correas sobaditas, *don!* exclamaban otros; ¡correas para cincha, sobaditas como un guante!

—¡Ya se me acaban las escobas, patroncito! ¡A real i cuartillo cada una, i si me toma la docena, le doi una de yapa!

—Aquí tiene usted rosarios, novenas, escapularios, cotidianos, medallas milagrosas, relicarios con indulgencias... Uno por uno o al destajo.

—Cómpreme esta *catanita* para el viaje, i verá bueno. ¡Templadita viene! le gritaba otro.

—Cuchillas para la *seguridá* de la persona... Las doi a prueba.

—Un par de alforjas, a *toas güeltas pelo*... ¡Son de balde amiguito!

—Cuerdas de San Francisco, con las llagas verdes... ¡Mire, *cumpita*, qué bien tejidas!

* El falte era el buhonero; es decir, el que vendía chucherías, baratijas, cosas de poca monta. Vicuña Mackenna dice que «es cosa bien averiguada» que don Ambrosio O'Higgins, futuro virrey de Lima y padre del libertador de Chile, comenzó trabajando como faíte en Lima; ver Mackenna, T. 2, 1869, p. 272.



1. Anónimo, «Vendedora india» (Perú/Chile), témpera, 1860, *Peru, Chile Typen*, (4 T), Lipperheideschen Kost mbibliothek, Berlín.
2. Anónimo, «Vendedora de frutas» ( Per ?), t mp., s.XIX, Lipp. Kost mbibliothek, Berlín, *Modek ste S damerik*, p. 894. Texto: Vargas, M., *La diversión de las familias*, 1954, p. 107.
3. Anónimo, «Vendedora de papas» (Colom.), lito., 1862, B. N.

—Aquí tengo yo también de las mismas, con llagas azules, i benditas,  de yapa!

— Las m as tienen indulgencia plenaria!  Venirse con el caserito!

—Déjenme pasar.  No se atraquen tanto pues! Aquí tiene, amigazo, un par de espuelas aperaditas... No hai más que llegar i ponérselas...

— Guamparitos con cadena, i vasos de asta como el cristal!

— A quién le vendo este lazo con ojalera   toso? El que lo corte se lo lleva...

—Hoja *pul a* i blanca como la nieve a *os riales* gruesa...  A la caserita, hijitos!  A la caserita!

— Zapatones de taco, don!  por pares o por docenas!

—Un cencerro no más me queda, cumpita. Oiga la claridad con que suena... C mpremelo para su tropa, que por ser a usted, se lo doi por tres reales.

No sabía Perico cómo deshacerse de aquel enjambre de menudos comerciantes, que lo tenían cercado, sin permitirle dar un paso, cuando quiso la buena suerte que en la posada apareciera un verdadero comprador que, llamando la atención de los vendedores, se vio en el momento rodeado de todos ellos. Con esto pudo el joven seguir libremente su camino.»¹⁴

* * *

A todas horas se escuchaba en la plaza la voz chillona de una vieja que repetía:  Oblea!  Pajuela!  Solim n crudo! Con las primeras se pegaba el cierre de las cartas. Las pajuelas eran mechas que se empleaban como fósforos y el solim n era el afeite de la época.¹⁵

En cualquier momento podía detenerse el trotacalles a tomar un buen *medio de mote con huesillos*, helados, un vaso de horchata «con malicia» o de aloja garrapi ada. No faltaban las ofertas de empanadas *calduas* y de chanco arrollado así como de tortillas, alfajores, alfe iques y bollos.¹⁶

En una esquina se retardaba un soldado tomándose un vaso de *chicha*, que se conservaba fresca en la gran ánfora de greda. En otra, una tapada, dejando ver sólo unas cejas gruesas que guarnecían unos ojos negros y pestañudos, se dirigía a dictar una carta al escribano. El cual, pluma en ristre, esperaba paciente a los clientes, más o menos analfabetos, que recurrían a sus servicios.

El comercio era variado y difería poco de lo que hoy se llama en diversas ciudades de América, copiando a los franceses, «mercado de las pulgas». Libros dispersos —en la mayoría de las ciudades todavía no existían librerías— se vendían en medio de la cuchillería y ferretería. Se leía lo que se encontraba y no lo que se quería. Incluso «El Quijote», tan popular en toda América hispana, podía resultar, en algún momento, imposible de conseguir.¹⁷

* * *

La plaza estaba llena de mendigos, los que adoptaban todas las actitudes y lamentos imaginables para inspirar compasión. Aparte de la pose tradicional: en cuclillas y con las manos en postura implorante, en México se hacían llevar en andas para incitar aún más a la misericordia. Con voz llorona y gangosa, suplicaban: «Una limosna para un pobre por amor de Dios»; o, en forma mucho más barroca, clamando a todo el santoral: «—Bendito y alabado sea para siempre el Santísimo Sacramento del Altar, la Virgen del Rosario con los clavos de Cristo y los dolores y gozos de San José y María Santísima, Señora nuestra, ¡amén! Una bendita limosna para este pobre ciego, ¡por el amor de Dios!».¹⁸

* * *



1. Anónimo, «Vendedora de carne» (Colombia), lito., 1862, Col. Cab. de Estampas, Bib. Nac. París.
2. Anónimo, «Vendedor de chicha del Perú», ténpera, 1860, *Peru, Chile Typen*, álbum, Lipperheideschen Kostümbibliothek, Berlín.
3. Anónimo, «La dama y el escribano» (Perú/Chile), ténpera, 1860, *Peru, Chile Typen*, álbum (4 T), ídem.



1. Linati, C., «Manera de llevar los mendigos para excitar la piedad» (México), lito., 1828, *Costumes civils, militaires et religieux du Mexique dessinés après nature par C. Linati*, Bruselas, 1828.

A cada instante, hombres a caballo, con poncho y sombrero de paja, atravesaban la plaza a todo galope, cruzándose con los viandantes, las carretas, los coches tirados por cuatro caballos, las calesas y los birlochos. Los elegantes se distinguían desde lejos. Andaban montados a paso lento. El gran sombrero de pita de los que entonces se llamaban *guarapones*,¹⁹ que les servía, tanto para protegerse del sol como de la lluvia, así como las enormes espuelas de plata, la catana cortante a la cintura y la finura del negro paño de sus pantalones, que contrastaba con la burda bayeta del país con que vestía el hombre del pueblo, advertían que este jinete era *hombre de clase* o *persona visible*, como en aquel tiempo se llamaba a las gentes acomodadas. Difícil resultaba ver otro detalle de su traje, porque llevaban puesto un gran poncho de lana o *calamaco indio*, que llegaba más abajo de la rodilla.²⁰

Con ellos se mezclaban los «don Juanes» de la época. El «lacho» chileno, o el «catrín» como se le llamaba en México. También a éstos se les distinguía por la clase. El elegante «lacho-latifundista», que hacía caracolear un caballo de fina estampa, troteador y coqueto, para atraer las miradas de las niñas de la plaza, poco tenía que ver con el «lacho-mediopelo», que montaba un primo de Rocinante y que daba lustre todas las noches a su colero, aunque ya brillaba, de viejo, sin mayores afanes.

* * *



1. Miers, M. y Gay, C., «Jinetes» (Chile), lito., 1854. Reproducido en Gay, *Atlas*, 1854, lámina 11 (detalle).
2. Rugendas, J. M., «Lacho» (Chile), lito., 1838, *Album de trages chilenos*, 1838.
3. Anónimo, «Lacho santiaguino» (Chile), dibujo, 1830. Picón-Salas y Feliú, *Imágenes de Chile*, Santiago, 1938, p. 69.

A las ocho o nueve, hora en que se levantaban los «señoritos», los hombres se dirigían a los cafés, donde muchos llegaban a desayunar. Las mujeres aparecían algo más entrado el día a recorrer las tiendas de los portales. Ya a esas primeras horas de la mañana la animación y el movimiento eran muy grandes. Había desembocado en la plaza la procesión de vendedores que venía por las calles. Y «las señoras y las sirvientas, invariablemente envueltas en mantos amplios, a través de cuyos pliegues uno no divisa más que sus bonitos ojos negros, se veían ocupadas en la compra de provisiones. Una multitud de campesinos engalanados con *ponchos* de colores chillones, jinetes montados en bonitos caballos, llevando en sus pies grandes espuelas de un cuarto de vara de largo. De cuando en cuando, un caballero cubierto con larga capa española se dirigía gravemente hacia la iglesia».²¹

Nueve y tres cuartos. Los *baratillos* del portal estaban animadísimos con esa alegre vida del menudo comercio. Mil grupos, diseminados por la plaza, representaban varias escenas. «Aquí se hacía un contrato de frutos del país; allá conversaban dos jóvenes a través de las rejas de una ventana; más allá un grupo de bulliciosos muchachos jugaba al tejo o a la rayuela; acá una alegre moza se entretenía en lanzar dichos agudos a los conocidos que pasaban por la calle, o en arrojar sobre las veredas cáscaras de fruta para ver resbalarse a los transeúntes: acullá, varios aficionados rodeaban a un chalán que probaba ante todos el caballo que quería vender; mientras que otros grupos de viejos más pacíficos mataban el tiempo con mayor gravedad, hablando de las últimas carreras o peleas de gallo».²²

* * *

Muchos *caballeros* conservaban la costumbre de detenerse antes de mediodía a beber «por vía de confortativo un poco de mistela o *aguardiente* i por las once letras de este último llamaban esta distribución o parvidad *las once*. Los *rotos* decían únicamente *hacer la mañana*, bien que ésta solía durar hasta la hora de acostarse».²³

Después de las dos de la tarde y hasta la puesta del sol, las calles quedaban casi desiertas y no se veía un alma en la plaza. Las tiendas cerraban sus puertas, los criollos dormían la siesta y los extranjeros se recogían a sus casas.* Al ponerse el sol, como a eso de las seis —según las estaciones más o menos marcadas— despertaba todo el mundo y volvía otra vez la animación. Se abrían las tiendas y la plaza se llenaba de señoras que andaban solas por la calle haciendo sus compras, o que iban o volvían del paseo. Aparecía entonces el «velero», con su carga de inmundas velas de sebo, atadas a una vara que lleva al hombro: «¡Velas de sebo!» —gritaba; y otra voz le hacía eco, la del hojalatero: «¡el hojalatero, bacinicas de hojalatas muy baratas!» ¡No podía haber hora más oportuna que el anochecer para vender esos artículos! A esa hora salían las damas y los caballeros a dar su paseo. Era también la hora de la oración para los que se quedaban en sus casas.²⁴

Llega la noche y se iluminan las tiendas. Este es el mejor momento para aquéllos que nada tienen que hacer, sino salir a «divertir el ojo», y para los jóvenes de la capital que emprenden, diligentes, «la tarea de recorrer el Pasaje y el Portal, y después el Portal y el Pasaje y luego viceversa como si se tratara de inventariar las lozas del pavimento».²⁵ Buscaban la oportunidad de tropezarse «azarosamente» con la niña que conocieron en la última tertulia e intercambiar con ella una nota, mientras la madre se ocupaba de las compras.

* A los extranjeros les resultaba difícil adoptar la costumbre de la *siesta*, incluso la de permanecer en sus residencias durante esas horas. A principios del siglo XIX circulaba el refrán que «en la hora de la siesta sólo los perros y los ingleses andan por las calles», Vicuña Mackenna, T. 2, 1869, pp. 43-44; ver Ruschenberg, 1956, pp. 83-84.



1. Rugendas, J. M., «Retreta en la plaza de México. Música militar nocturna en la plaza». óleo, 1835, Iberoamerik Inst., Berlín.
2. Gay, C., «El viático» (Santiago de Chile), lito., 1854, en *Atlas*; 1854, lámina 43.

En Santiago todo este ajeteo se realizaba, por cierto; con la mayor seriedad. «La seriedad característica del chileno».

«Haciendo un día esta observación a un amigo: —¿Y cómo quieres que anden? —me contestó— ¿Quieres que vayan riéndose como tontos?».*

A las ocho en punto sonaba la campana de la iglesia y todos los individuos, a pie o a caballo, se detenían. Los hombres se sacaban el sombrero. Las mujeres se arrodillaban. Y al extranjero, que desconocía las costumbres, numerosas personas le indicaban que se detuviese. El centinela del Palacio presentaba armas y los soldados se santiguaban. En más o menos diez segundos todo estaba terminado y cada uno seguía su respectivo camino. Esta ceremonia se repetía siempre tres veces al día: a las ocho de la mañana, a las doce y a las ocho de la noche.²⁶ Igual ritual observaban cuando pasaba el viático: el cura llevando en procesión el último sacramento a quien estaba en trance de despedirse de este mundo.

Hacia la mitad del siglo XIX, sin embargo, se notaban ya los despuntes de una pérdida de esta religiosidad tan característica de la Colonia. Los primeros «ateos» cruzaban la plaza observando con una sonrisa burlona a los que se postraban al toque de las campanas. «A las diez horas, mientras admiraba este cuadro enteramente nuevo para mí, la campana de la Catedral sonó majes-

* Blest Gana, *El Jefe de la Familia*, 1956. La circunspección parecía ser un rasgo característico del chileno. Vicuña Mackenna dice: «Otra de las características de la nobleza era la gravedad en todo, llamada en aquellos años *circunspección*, por manera que hasta los tontos, siendo mayorazgos, debían ser precisamente *circunspectos*» (T. 2, 1869, p. 437); y una letrilla satírica de Camilo Henríquez, cura que participa activamente en la revolución de la Independencia, a propósito de la reunión del primer Congreso en 1811 caricaturiza este rasgo como atributo de la personalidad:

«Se dice que si se incendia
O se inunda el universo
El chileno es siempre el mismo,
Siempre inmutable y sereno».

tuosamente. Al primer toque y como por encanto todo movimiento se suspendió en la Plaza y en las calles: es el momento de alzar en la misa mayor de la Catedral. Los carretones, mulas y caballos se paran en el mismo lugar; los hombres se descubren, las mujeres se golpean el pecho, cada uno se santigua y queda inclinado durante un minuto. La campana deja de tocar y el movimiento, el ruido de los carretones, el murmullo de muchedumbre vuelve a comenzar. Es un hábito conservado desde el tiempo de los españoles, que a la hora de alzar la Santa Hostia en la misa de la Catedral, entre las nueve y las nueve y media, como para el *Angelus* en la tarde, toda la gente se descubre al toque de la campana, se inclina y reza. En esta ocasión las muestras de piedad de diferentes personas permitían medir la influencia que ejercía ya la nueva civilización: unos se persignaban descubriéndose y rezaban de rodillas, otros se descubrían haciendo el signo de la cruz, pero sin pararse; otro tocaba apenas su sombrero apresurando el paso; más de uno no ponía ninguna atención y se burlaba todavía del *fanatismo*.²⁷

* * *

A las nueve o diez, según las estaciones, se oía el *toque de queda*. «La queda» que durante la Colonia significaba que todos apresuraran el paso para volver a sus hogares, en el siglo XIX era más bien la señal para que la mayoría se dirigiese a «la tertulia».

El día se había alargado en dos o tres horas.

* * *